

En Romanos 15 y 16 Dios es llamado “el Dios de la perseverancia y de la consolación”, “el Dios de esperanza”, “el Dios de paz”, el “eterno Dios” y el “único y sabio Dios”; nuestro Dios es rico en todos estos aspectos, y el evangelio presentado en este libro es el evangelio de este Dios tan rico, de quien, por quien y para quien son todas las cosas para Su gloria

En Romanos 15 y 16 Dios es llamado “el Dios de la perseverancia y de la consolación”, “el Dios de esperanza”, “el Dios de paz”, el “eterno Dios” y el “único y sabio Dios”; nuestro Dios es rico en todos estos aspectos, y el evangelio presentado en este libro es el evangelio de este Dios tan rico, de quien, por quien y para quien son todas las cosas para Su gloria (15:5, 13; 16:20, 26-27; 11:36).

Ahora a este Dios, “al único y sabio Dios, mediante Jesucristo, sea gloria para siempre. Amén”

Ahora a este Dios, “al único y sabio Dios, mediante Jesucristo, sea gloria para siempre. Amén” (16:27). Éstos son doce aspectos colosales que revelan a Dios en Romanos—E. M.

ESTUDIO DE CRISTALIZACIÓN DEL EVANGELIO DE DIOS EN ROMANOS

El propiciatorio (Mensaje 3)

Lectura bíblica: Ro. 3:24-25; He. 2:17; 9:5; 1 Jn. 2:2; 4:10

- I. Por medio del proceso completo de la crucifixión, resurrección y ascensión, Dios presentó a Cristo como el propiciatorio—Ro. 3:24-25; Hch. 2:24, 32-36; He. 9:5:
 - A. En el Antiguo Testamento el propiciatorio, la tapa del Arca, como tipo, estaba escondida en el Lugar Santísimo—Éx. 25:17-22.
 - B. En el Nuevo Testamento Cristo, la realidad del propiciatorio, es presentado delante de todos los hombres—Ro. 3:24-25.
- II. La palabra *propiciación* consiste en conciliar a dos personas, a fin de que sean uno—He. 2:17:
 - A. La palabra *propiciación* implica el hecho de apaciguar el conflicto entre nosotros y Dios, y reconciliarnos con Dios al satisfacer Sus justas exigencias—Ro. 3:25; 1 Jn. 2:2.
 - B. De esta manera es resuelto el problema entre nosotros y Dios, nuestros pecados, el cual nos mantenía alejados de la presencia de Dios e impedía que Dios viniera a nosotros—4:10.
- III. Nosotros, como pecadores que éramos, necesitábamos de la propiciación para que el conflicto entre nosotros y Dios fuera apaciguado, y Sus exigencias fueran satisfechas—Ro. 3:23; Lc. 18:13-14:
 - A. La propiciación involucra a dos personas, una de las cuales ha agraviado a la otra, está en deuda con la otra, tiene que hacer algo para satisfacer las exigencias de dicha persona.
 - B. El recaudador de impuestos en Lucas 18:9-14 es un ejemplo de la necesidad de propiciación:
 1. “Estando lejos, [él] no quería ni aun alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: Dios, sé propicio a mí, pecador” (v. 13); esto implica la necesidad de un Redentor y también la necesidad de propiciación.

2. Puesto que reconocía cuánto ofendía a Dios su vida de pecado, el recaudador de impuestos le pidió a Dios que le fuera propicio, que tuviera paz para con él mediante un sacrificio propiciatorio por los pecados, para que Dios le mostrara misericordia y gracia—vs. 13-14.
- IV. Cristo es Aquel que hace propiciación por nosotros delante de Dios, Él es el sacrificio propiciatorio y también Él es el propiciatorio donde Dios puede reunirse con Su pueblo redimido—He. 2:17; 9:5; 1 Jn. 2:2; 4:10; Éx. 25:17; Ro. 3:25:
- A. *Iláskomai* significa “propiciar”, es decir, “apaciguar”, reconciliar a uno al satisfacer las exigencias del otro—He. 2:17:
 1. En la cruz Cristo hizo propiciación por nosotros y nos trajo de regreso a Dios.
 2. El Señor Jesús hizo propiciación por nuestros pecados, satisfaciendo así los requisitos de la justicia de Dios y estableciendo una relación de paz entre Dios y nosotros, para que Él pueda darnos Su gracia en paz.
 - B. *Ilásmos* significa “aquello que propicia”, es decir, un sacrificio propiciatorio—1 Jn. 2:2; 4:10:
 1. Cristo mismo es la propiciación por nuestros pecados, el sacrificio que hace propiciación a favor nuestro delante de Dios.
 2. Cristo se ofreció a Sí mismo a Dios en sacrificio por nuestros pecados, no sólo para efectuar nuestra redención, sino también para satisfacer las exigencias de Dios—He. 9:28.
 - C. *Ilastérion* denota el lugar donde se hace propiciación—Ro. 3:25; He. 9:5:
 1. La cubierta propiciatoria* representa a Cristo como el lugar donde Dios habla con Su pueblo en gracia.
 2. La cubierta propiciatoria equivale al trono de la gracia, donde podemos recibir misericordia y hallar gracia—4:16.
 - D. Tanto Dios como nosotros necesitamos la cubierta propiciatoria, a fin de que el Arca del Testimonio pueda ser nuestra experiencia y disfrute—Éx. 25:22.
- V. La cubierta propiciatoria, el propiciatorio, nos habla del hecho de

* Previamente traducido “cubierta expiatoria”

- que Cristo es el resplandor de la gloria divina y de que Dios se reúne con nosotros y nos habla en esta gloria—He. 9:5; 1:3; Éx. 25:17-22:
- A. Los querubines que estaban sobre la cubierta propiciatoria están relacionados con la gloria de Dios y representan Su gloria—He. 9:5:
 1. Los querubines nos muestran que Cristo expresa la gloria de Dios, es decir, que Él irradia la gloria de Dios—1:3; Éx. 25:18-20.
 2. El hecho de que Dios pueda reunirse con Su pueblo y hablarle de entre los querubines significa que Él se reúne con nosotros y nos habla en medio de Su gloria; esta gloria es el resplandor de Cristo—Nm. 7:89; 2 Co. 4:4, 6.
 - B. Según el tipo de la cubierta propiciatoria o la tapa del Arca, Cristo es Aquel que resplandece y redime y, como tal, es el lugar donde el Dios justo, santo y glorioso puede reunirse con pecadores caídos—Ro. 3:25:
 1. El Cristo que mora en nuestro espíritu es Aquel que está representado por el Arca con la cubierta propiciatoria—v. 25; 8:10; Col. 1:27; 1 Co. 6:17.
 2. Los querubines que estaban sobre la cubierta propiciatoria representan el resplandor de Cristo en Su divinidad, y la sangre que era rociada sobre la cubierta propiciatoria representa Su humanidad útil para redimir; como Dios, Cristo resplandece en su divinidad, y como hombre, Cristo efectuó la redención en Su humanidad, la cual está representada por la sangre—He. 1:3; Lv. 16:14-15.
 3. Por causa de la divinidad y humanidad de Cristo, nosotros y Dios podemos reunirnos en el Cristo que resplandece y redime—Éx. 25:22.
 - C. Gracias a la sangre redentora, nosotros ahora podemos tener comunión con el Dios justo en la gloria de Cristo—Lv. 16:14-15; He. 10:19; Ap. 22:14:
 1. Experimentamos a Cristo como el propiciatorio por medio de la fe en Su sangre—Ro. 3:25.
 2. La eficacia de la sangre de los sacrificios no se obtiene principalmente en el altar en el atrio, sino en el Arca en el Lugar Santísimo—Lv. 16:14-15.
 3. Debido a que la sangre ha sido rociada sobre la cubierta

propiciatoria, y debido a que la base que Dios toma es la sangre, Él puede reunirse con nosotros en medio de Su gloria resplandeciente—Éx. 25:22.

4. Cuando Dios viene a nosotros y nos habla en la gloria de Cristo, Él no ve los requisitos de Su justa ley ni tampoco ve nuestros pecados; en vez de ello, Él ve la sangre redentora sobre la cubierta propiciatoria.
 5. Cada vez que nos reunimos con Dios en gloria, tenemos la profunda sensación en nuestro espíritu de que somos lavados por la sangre; esto es el propiciatorio en nuestra experiencia—1 Jn. 1:7; Ap. 1:5; 7:13-14.
- D. Cristo como la cubierta propiciatoria es el lugar donde Dios se infunde en nosotros y donde nosotros escuchamos Su voz, conocemos el deseo de Su corazón y recibimos visión, revelación e instrucciones para nuestra vida diaria—Nm. 7:89; 2 Co. 3:18.

MENSAJE TRES

EL PROPICIATORIO

Oración: Señor Jesús, te amamos. Te damos gracias por reunirnos aquí en este lugar, el lugar donde haces propiciación, el lugar donde se halla Tu sangre rociada y el lugar donde contemplamos Tu gloria. Te damos gracias, Señor, porque podemos estar aquí reunidos contigo y porque aquí Tú te sientes libre de reunirte con nosotros. No estamos aquí bajo ninguna condenación, sino que más bien aquí recibimos Tu infusión y transfusión. Señor, simplemente abrimos a Ti todo nuestro ser. Te damos gracias porque existe tal lugar en el universo, el propiciatorio, el lugar donde Tu sangre ha sido rociada, el lugar donde todos Tus justos requisitos han sido satisfechos y el lugar donde puedes impartirte libremente en nosotros. Nos encanta estar aquí reunidos contigo y permitir que Tú te infundas en nosotros con Tu gloria. Señor, te pedimos que en esta reunión nos hables de entre los querubines y nos introduzcas en Tu gloria divina. Amén.

Después de haber visto en los primeros dos mensajes una presentación tan elevada acerca del evangelio de Dios en Romanos, ahora llegamos a un asunto muy básico y a la vez muy particular en el libro de Romanos relacionado con el evangelio de Dios: el propiciatorio. Quizás ya tengamos conocimiento de las expresiones *propiciación* y *hacer propiciación*, pero no muchos cristianos han prestado atención a esta expresión: *el propiciatorio*.

Es muy maravilloso que existe este lugar en el universo. Y nosotros estamos aquí en este lugar. No estamos aquí tan sólo esperando algo, tratando de captar algo o buscando algo a tientas. Sabemos que existe tal lugar para nosotros donde la sangre ha sido rociada y donde la gloria resplandece a fin de que Dios pueda libremente reunirse con nosotros, hablar con nosotros y transfundirse en nuestro ser. Así como el apóstol Pablo nos exhortó en el libro de Hebreos, debemos acercarnos confiadamente al trono de la gracia, el propiciatorio (4:16). Necesitamos que muchos velos nos sean quitados y también necesitamos mucha revelación.

La propiciación es un tema básico, pero este asunto del propiciatorio es muy especial.

Los primeros dos mensajes nos mostraron que en el libro de Romanos podemos ver la cumbre de la revelación divina. Espero que aun en este asunto básico de la propiciación, y sobre todo en el asunto del propiciatorio, el Señor por Su misericordia nos permita ver la cumbre de la revelación divina, esto es, que Dios se hizo hombre para que el hombre llegara a ser Dios en vida, en naturaleza, en apariencia y en función, mas no en la Deidad.

EL TRASFONDO DE LA PROPICIACIÓN EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

Este mensaje contiene cinco puntos principales; los primeros dos en cierto modo son básicos, pero nuestra carga y atención se concentrará en el quinto punto. Sin embargo, por causa de muchos hermanos nuevos y de los jóvenes que están entre nosotros, quisiera primero presentarles el asunto del propiciatorio según se menciona en la Biblia. El propiciatorio se menciona por primera vez en Éxodo 25, donde le fueron revelados a Moisés todos los detalles de su construcción como parte del tabernáculo. Los versículos del 17 al 22 dicen:

Harás un propiciatorio de oro fino, cuya longitud será de dos codos y medio, y su anchura de codo y medio. Harás también dos querubines de oro; los harás labrados a martillo en los dos extremos del propiciatorio. Harás, pues, un querubín en un extremo, y un querubín en el otro extremo; de una pieza con el propiciatorio harás los querubines en sus dos extremos. Los querubines extenderán por encima las alas, cubriendo con ellas el propiciatorio; estarán uno frente al otro, con sus rostros mirando hacia al propiciatorio. Después pondrás el propiciatorio encima del Arca, y en el Arca pondrás el Testimonio que yo te daré. Allí me manifestaré a ti, y hablaré contigo desde encima del propiciatorio, de entre los dos querubines que están sobre el Arca del Testimonio, todo lo que yo te mande para los hijos de Israel.

El propiciatorio de oro fino es el propiciatorio del cual Pablo nos habla en Romanos 3:25.

Levítico 16 es el segundo pasaje en el Antiguo Testamento que nos habla del propiciatorio. Nos describe lo que el sumo sacerdote tenía que hacer con relación a ello. Los versículos 14 y 15 dicen:

Tomará luego de la sangre del becerro y la rociará con su

dedo en el lado oriental del propiciatorio, y delante del propiciatorio esparcirá con su dedo siete veces de aquella sangre. Después degollará el macho cabrío como expiación por el pecado del pueblo, llevará la sangre detrás del velo adentro y hará con su sangre como hizo con la sangre del becerro: la esparcirá sobre el propiciatorio y delante del propiciatorio.

Así pues, vemos que una vez al año, en el Día de la Expiación, que era el décimo día del mes séptimo, también conocido como el Día de la Reconciliación, el sumo sacerdote tenía que introducir la sangre de los animales sacrificados en el Lugar Santísimo y rociarla sobre el propiciatorio. Esto es muy significativo, pues aquí vemos el propiciatorio y la sangre rociada sobre él. Debemos recordar que era también en el Día de la Expiación o Día de la Reconciliación, que se tocaba la trompeta para anunciar el jubileo (Lv. 25:9-10). Esto nos muestra que el jubileo se basa en esta expiación, esta reconciliación, y, como veremos al final del mensaje, dicha expiación, dicha reconciliación, era lo que permitía que se diera inicio al jubileo. Cuando entramos en la plena realidad de lo que el propiciatorio representa, experimentamos el verdadero jubileo.

Éste es el trasfondo del propiciatorio. El Antiguo Testamento varias veces nos presenta claramente el asunto del propiciatorio y de la sangre rociada el Día de la Expiación. Esto es un tipo del Cristo que iba a venir para ser nuestro Redentor como nuestro sacrificio propiciatorio.

LA REDENCIÓN, LA PROPICIACIÓN, LA RECONCILIACIÓN Y LA JUSTIFICACIÓN SON TÉRMINOS CLAVES EN RELACIÓN CON EL EVANGELIO DE DIOS

A estas alturas sería beneficioso dar definiciones a ciertos términos importantes, a fin de que podamos apreciar aún más estos asuntos en el contexto del evangelio de Dios. Estos términos son: *redención*, *propiciación*, *reconciliación* y *justificación*. Aunque estos términos puedan ser muy similares, hay distinciones entre ellos. A fin de ganar un mayor aprecio del propiciatorio, es preciso que tengamos un entendimiento claro del significado de estos términos.

Redención es un término más general que implica que nosotros, como personas caídas, nos extraviamos de Dios, nos perdimos, y necesitábamos que alguien pagara el precio para comprarnos nuevamente a fin de poseernos. Debido a que nos extraviamos de Dios y nos perdimos, Dios tuvo que pagar un precio para volver a poseernos.

Propiciación implica que existe un problema entre dos personas. Después de que nos extraviáramos de Dios, también caímos en muchas cosas pecaminosas. Nos volvimos pecaminosos y personas caídas. Por consiguiente, no sólo necesitábamos redención, sino también propiciación. Es como si una persona le debiera a otra una gran suma de dinero pero no tiene cómo pagárselo. Por lo que dicha persona necesita que alguien haga propiciación y pague esa deuda a su favor. Así pues, propiciación significa que existe un problema entre dos personas. Hay una exigencia que tiene que ser satisfecha a fin de apaciguar la situación; de lo contrario, la deuda seguirá siendo un problema. Debido a esto, una de las partes necesita ser propiciada, a fin de que pueda efectuarse la reconciliación entre las dos personas.

Reconciliación tiene un sentido muy similar al de propiciación. Una vez que se hace el pago, las dos personas pueden ser reconciliadas. Reconciliación incluye la noción de propiciación, pero reconciliación se aplica específicamente a una situación donde hay enemistad. En este caso, lo que separa a las dos personas no es simplemente una deuda, sino que se han vuelto enemigos. Como enemigos que son, necesitan ser reconciliados. Por lo tanto, reconciliación implica que no sólo hay un problema, sino también enemistad, lo cual necesita ser resuelto o requiere reconciliación.

Justificación en Romanos significa que la justicia, la santidad y la gloria de Dios se han manifestado y que nosotros hemos alcanzado la norma de Dios. Dios puede justificarnos únicamente porque ahora nosotros podemos satisfacer Su norma de justicia, santidad y gloria. Dios puede justificarnos porque nosotros somos tan justos como Él.

El propiciatorio o la cubierta propiciatoria, es donde podemos mantenernos firmes sobre la sangre rociada y donde Dios puede reunirse con nosotros de una manera justa. Esta sangre ha respondido a todos los requisitos de la justicia, la santidad y la gloria de Dios. Dios ya no puede exigirnos nada, pues ahora, gracias a la sangre y bajo el resplandor de los querubines —los cuales representan la gloria de Dios— nosotros somos considerados justos, santos e incluso gloriosos a los ojos de Dios. Hemos sido llevados a la norma de Dios.

En realidad, en nuestra experiencia del propiciatorio, nosotros primeramente justificamos a Dios. Nosotros justificamos a Dios diciendo: “Dios, Tú eres verdadero. Todo lo que has dicho es absolutamente correcto”. Aunque anteriormente muchas veces no estábamos de acuerdo con Dios, e incluso llegamos a criticarlo, al final tuvimos la convicción

en nuestro interior de que Dios tenía la razón. Entonces aprobamos y justificamos a Dios, y Dios a su vez vino y nos dijo: “Hijo mío, Yo también te justifico; Yo también te apruebo. Mutuamente nos aprobamos el uno al otro”. Ésta es la verdadera experiencia de la justificación. En la justificación nosotros somos llevados a la altura de la norma de Dios y la justicia de Dios se manifiesta porque todos Sus requisitos han sido plenamente satisfechos. Es preciso que tengamos un entendimiento sólido de estos términos y de cómo están relacionados entre sí, pues esto nos ayudará a ganar un mayor aprecio de lo que significa el propiciatorio.

**POR MEDIO DEL PROCESO COMPLETO DE LA CRUCIFIXIÓN,
RESURRECCIÓN Y ASCENSIÓN, DIOS PRESENTÓ
A CRISTO COMO EL PROPICIATORIO**

Por medio del proceso completo de la crucifixión, resurrección y ascensión, Dios presentó a Cristo como el propiciatorio (Ro. 3:24-25; Hch. 2:24, 32-36; He. 9:5). En Romanos 3:24-25 Pablo dice: “Siendo justificados gratuitamente por Su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios ha presentado como propiciatorio por medio de la fe en Su sangre, para la demostración de Su justicia, a causa de haber pasado por alto, en Su paciencia, los pecados pasados”. Pablo aquí no estaba hablando de la propiciación, sino del propiciatorio, el lugar donde se efectúa la propiciación. Aunque los primeros dos capítulos de Romanos sacan a luz la pecaminosidad de la humanidad caída, Pablo continúa hablándonos en el capítulo 3, no acerca de la propiciación, sino del propiciatorio. Específicamente, él habla de “Cristo Jesús, a quien Dios ha presentado como propiciatorio” (vs. 24-25). ¿Alguna vez había usted considerado el asunto de que Dios presentó a Cristo como propiciatorio? ¿Cuándo ocurrió esto? Dios presentó a Cristo como propiciatorio por medio de todo el proceso de crucifixión, resurrección y ascensión. En otras palabras, el proceso de presentar a Cristo como propiciatorio en realidad empezó cuando Cristo estaba en la cruz mientras Él estaba allí derramando Su sangre por nosotros y las tinieblas cubrían toda la tierra. Fue entonces que empezó este proceso de presentación, y este proceso continuó con Su resurrección al tercer día y concluyó con Su ascensión a la diestra de Dios. La ascensión del Señor fue la culminación del proceso de presentar a Cristo como propiciatorio.

Cuando Cristo fue crucificado en la cruz, Su sangre fue derramada para pagar el precio por nosotros. Aquello fue el comienzo de la

presentación del propiciatorio. Cuando Él fue resucitado, ésa fue la aprobación por Dios de lo que el Señor había logrado en la cruz, y Su ascensión fue el comprobante oficial de la aprobación de Dios. En la cruz el Señor derramó Su sangre para propiciar a Dios a favor nuestro a causa de nuestros pecados; Su resurrección fue la aprobación que Dios hace de dicha propiciación, y Su ascensión fue el comprobante de lo que Dios había aprobado. Como resultado de este proceso completo de crucifixión, resurrección y ascensión, Dios ha presentado a Cristo como nuestro propiciatorio. ¡Aleluya!

Esta acción de presentar es similar a la presentación de un edificio cuando está terminado. Actualmente se está construyendo un nuevo centro de conferencias para ministerio, y un día será presentado a todos los santos. En cierto sentido, esa futura presentación empezó el día en que se inició la obra y ha continuado con la obra de edificación en sus muchos aspectos; finalmente llegará a su consumación cuando se expida el certificado de ocupación del edificio. Entonces se hará una presentación en un sentido consumado, y ésa será la presentación completa de ese edificio para que todos nosotros lo disfrutemos.

Jesucristo fue presentado por Dios como propiciatorio. La propiciación no es simplemente una acción, sino que es un lugar al cual podemos acercarnos. Según nuestro concepto, la propiciación es solamente una acción, algo que Dios ha hecho en Cristo. Por supuesto, ése es uno de los aspectos, pero Romanos 3:24-25 nos muestra que por medio de la crucifixión, resurrección y ascensión, Dios presentó a Cristo como propiciatorio, a fin de que el pueblo de Dios pueda acercarse a este lugar y contactarle. Éste es el lugar que en Hebreos Pablo llama “el trono de la gracia” (4:16). Esto también es lo que algunos traductores han traducido “el propiciatorio”. Existe tal lugar al que podemos acercarnos cada día. Según la tipología del Antiguo Testamento, el sumo sacerdote entraba una vez al año en el Lugar Santísimo con la sangre derramada en el altar de bronce en el atrio y la rociaba sobre la cubierta propiciatoria. Sin embargo, hoy Jesucristo es la realidad de la cubierta propiciatoria. Él ha sido presentado públicamente en el universo como el propiciatorio para que el pueblo de Dios pueda acercarse a este lugar una y otra vez, e incluso ahora mismo. En este momento, nosotros estamos firmes en este lugar. No hay mejor lugar que éste. Éste es el lugar donde estamos en paz, donde Dios es satisfecho y donde Dios puede transfundirse libremente en nuestro ser. Es sólo aquí que estamos en la gloria.

Pablo nos exhortó a que nos acercáramos confiadamente a este lugar. No retrocedan, no sean tímidos ni tengan temor. El precio ya fue pagado completamente, y la sangre ya fue derramada; lo único que nos queda por hacer es acercarnos. Cada día debemos acercarnos. No se detengan en el atrio; tenemos que acercarnos al trono de la gracia, a este lugar de propiciación. Éste es el lugar que Dios ha presentado para nosotros.

En el Antiguo Testamento el propiciatorio, la tapa del Arca, como tipo, estaba escondida en el Lugar Santísimo (Éx. 25:17-22). En el Nuevo Testamento Cristo, la realidad del propiciatorio, es presentado delante de todos los hombres (Ro. 3:24-25). Espero que todos podamos ver que Cristo no sólo es el sacrificio propiciatorio para nuestros pecados, sino que también es el mismo propiciatorio al cual podemos acercarnos cada día.

LA PALABRA *PROPICIACIÓN* CONSISTE EN CONCILIAR A DOS PERSONAS, A FIN DE QUE SEAN UNO

La palabra *propiciación* consiste en conciliar a dos personas, a fin de que sean uno (He. 2:17). La palabra *propiciación* implica el hecho de apaciguar el conflicto entre nosotros y Dios, y reconciliarnos con Dios al satisfacer Sus justas exigencias (Ro. 3:25; 1 Jn. 2:2). De esta manera es resuelto el problema entre nosotros y Dios, nuestros pecados, el cual nos mantenía alejados de la presencia de Dios e impedía que Dios viniera a nosotros (4:10).

La propiciación es necesaria donde una parte ha agraviado a otra y, como resultado, existe una deuda enorme. Para resolver el problema entre estas dos personas se requiere la ayuda de una tercera persona que actúe a favor de ellos para apaciguar el conflicto. Como personas caídas nosotros teníamos un problema con Dios. Debido a nuestro pecado, nosotros ofendimos a Dios. Por lo que necesitábamos que alguien hiciera propiciación por nosotros, que apaciguara el conflicto entre Dios y nosotros.

NOSOTROS, COMO PECADORES QUE ÉRAMOS, NECESITÁBAMOS DE LA PROPICIACIÓN PARA QUE EL CONFLICTO ENTRE NOSOTROS Y DIOS FUERA APACIGUADO, Y SUS EXIGENCIAS FUERAN SATISFECHAS

Nosotros, como pecadores que éramos, necesitábamos de la propiciación para que el conflicto entre nosotros y Dios fuera apaciguado, y Sus exigencias fueran satisfechas (Ro. 3:23; Lc. 18:13-14). Todos

necesitamos la propiciación porque, como seres humanos caídos que somos, todos tenemos algunos problemas. A veces, incluso estamos enemistados con Dios. Así que necesitamos la propiciación para que sea apaciguado el conflicto que tenemos con Dios y Sus exigencias sean satisfechas.

**La propiciación involucra a dos personas,
una de las cuales ha agraviado a la otra,
está en deuda con la otra, tiene que hacer algo
para satisfacer las exigencias de dicha persona**

La propiciación involucra a dos personas, una de las cuales ha agraviado a la otra, está en deuda con la otra, tiene que hacer algo para satisfacer las exigencias de dicha persona. En Génesis 3, después de que el hombre cayó debido al pecado, fue echado del huerto de Edén. Entonces Dios puso querubines con una espada de fuego para que guardaran el camino que conducía al árbol de la vida. Los querubines con la espada de fuego representan la justicia de Dios, representada por la espada, la santidad de Dios, representada por el fuego, y la gloria de Dios, representada por los querubines. Éstos vinieron a ser los guardas que impedían el acceso al árbol de la vida. Puesto que al hombre caído le era imposible cumplir con la norma de la justicia, la santidad y la gloria de Dios, también le era imposible tener acceso a la vida eterna de Dios. A los seres humanos les es imposible cumplir tales requisitos, ¡pero alabado sea el Señor, pues Jesucristo nuestro Redentor, quien es nuestro sacrificio propiciatorio, ha cumplido todos estos requisitos! Él ha apaciguado el conflicto entre nosotros y Dios para que nosotros podamos regresar a Dios y recibir vida eterna, la cual está representada por el árbol de la vida.

**El recaudador de impuestos en Lucas 18:9-14
es un ejemplo de la necesidad de propiciación**

El recaudador de impuestos en Lucas 18:9-14 es un ejemplo de la necesidad de propiciación. “Estando lejos, [él] no quería ni aun alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: Dios, sé propicio a mí, pecador” (v. 13); esto implica la necesidad de un Redentor y también la necesidad de propiciación. Puesto que reconocía cuánto offendía a Dios su vida de pecado, el recaudador de impuestos le pidió a Dios que le fuera propicio, que tuviera paz para con él mediante un

sacrificio propiciatorio por los pecados, para que Dios le mostrara misericordia y gracia (vs. 13-14).

Este recaudador de impuestos, estando lejos, ni siquiera quería alzar los ojos al cielo, debido a que estaba tan redargüido en su interior. Él se daba cuenta de que tenía un problema, que era pecaminoso y que había ofendido a Dios a lo sumo. Él también comprendía que necesitaba ayuda, que necesitaba propiciación. Ni siquiera quería alzar los ojos al cielo, sino que, al contrario, golpeaba su pecho, diciendo: “Dios, sé propicio a mí, pecador”. ¡Oh, hermanos y hermanas, todos tenemos que darnos cuenta de quiénes somos! Todos somos pecadores en nuestra naturaleza caída. Necesitamos ser propiciados para regresar a Dios. Cuando decimos: “Dios, sé propicio a mí”, esto implica que necesitamos que un Redentor haga propiciación por nosotros.

**CRISTO ES AQUEL QUE HACE PROPICIACIÓN POR NOSOTROS
DELANTE DE DIOS, ÉL ES EL SACRIFICIO PROPICIATORIO
Y TAMBIÉN ÉL ES EL PROPICIATORIO DONDE DIOS
PUEDE REUNIRSE CON SU PUEBLO REDIMIDO**

Cristo es Aquel que hace propiciación por nosotros delante de Dios, Él es el sacrificio propiciatorio y también Él es el propiciatorio donde Dios puede reunirse con Su pueblo redimido (He. 2:17; 9:5; 1 Jn. 2:2; 4:10; Éx. 25:17; Ro. 3:25). Nuestro Salvador Jesucristo es Aquel que hizo propiciación. Él realizó esta obra al morir por nosotros, al derramar Su sangre. Él no sólo hizo propiciación a nuestro favor delante de Dios, sino que Él mismo es el sacrificio propiciatorio. Él no simplemente apaciguó nuestro conflicto, por medio de algo aparte de Sí mismo. De hecho, lo que apaciguó el conflicto, lo que hizo propiciación, fue el sacrificio de Cristo mismo. Él es el sacrificio propiciatorio. Y no sólo eso, Él también es el mismo propiciatorio donde Dios puede reunirse con Su pueblo redimido. Nuestro Cristo fue Aquel que hizo propiciación por nuestros pecados, Él mismo fue el sacrificio propiciatorio, y también llegó a ser el mismo propiciatorio, el lugar donde se efectúa la obra de propiciación, a fin de que Dios pueda reunirse con nosotros y nosotros podamos reunirnos con Dios.

***Iláskomai* significa “propiciar”, es decir, “apaciguar”,
reconciliar a uno al satisfacer las exigencias del otro**

Iláskomai significa “propiciar”, es decir, “apaciguar”, reconciliar a uno al satisfacer las exigencias del otro (He. 2:17). En la cruz Cristo

hizo propiciación por nosotros y nos trajo de regreso a Dios. El Señor Jesús hizo propiciación por nuestros pecados, satisfaciendo así los requisitos de la justicia de Dios y estableciendo una relación de paz entre Dios y nosotros, para que Él pueda darnos Su gracia en paz.

En el Nuevo Testamento, la palabra *propiciación* se menciona cinco veces en diferentes formas, con tres diferentes palabras griegas. La primera de ellas, *iláskomai*, está relacionada a la acción de Cristo como Aquel que hace propiciación por nosotros. Él es el Justo; Él murió por los injustos (1 P. 3:18). Él pagó el precio mediante el derramamiento de Su sangre por nosotros. Ahora nuestro problema con Dios ha sido apaciguado. Ésta es la acción de Cristo al hacer propiciación.

***Iláskomai* significa “aquello que propicia”, es decir un sacrificio propiciatorio**

Iláskomai significa “aquello que propicia”, es decir, un sacrificio propiciatorio (1 Jn. 2:2; 4:10). Cristo mismo es la propiciación por nuestros pecados, el sacrificio que hace propiciación a favor nuestro delante de Dios. Cristo se ofreció a Sí mismo a Dios en sacrificio por nuestros pecados, no sólo para efectuar nuestra redención, sino también para satisfacer las exigencias de Dios (He. 9:28).

Esto no es simplemente una acción, sino el sacrificio propiciatorio mismo, aquello que propicia, aquello que era usado para apaciguar el conflicto. Él mismo es ese sacrificio propiciatorio. Cristo se entregó a Sí mismo por nosotros (Gá. 2:20; Ef. 5:2, 25); el sacrificio propiciatorio no sólo fue Su sangre, sino Él mismo.

***Ilastérion* denota el lugar donde se hace propiciación**

Ilastérion denota el lugar donde se hace propiciación (Ro. 3:25; He. 9:5). La cubierta propiciatoria representa a Cristo como el lugar donde Dios habla con Su pueblo en gracia. La cubierta propiciatoria equivale al trono de la gracia, donde podemos recibir misericordia y hallar gracia (4:16).

Esta misma palabra se usa en la Septuaginta en Éxodo 25:17 donde fue traducida “cubierta expiatoria”. Esta palabra aparece dos veces en el Nuevo Testamento. Además de Romanos 3:25, también se usa en Hebreos 9:5, donde Pablo dice: “Sobre ella los querubines de gloria que cubrían con su sombra la cubierta expiatoria; de las cuales cosas no es ahora el momento de hablar en detalle”. Hay mucho que decir acerca de la cubierta expiatoria, pero Pablo dice: “De las cuales cosas no es

ahora el momento de hablar en detalle”. Así que hay muchos detalles involucrados. El hermano Lee dijo que lo más elevado y sublime con relación al Arca del Pacto era la cubierta, la tapa. Si no conocemos esta cubierta, este propiciatorio, no sabremos cómo disfrutar el Arca. Así que éste es el punto más elevado.

Nuestro Cristo no sólo es Aquel que hizo propiciación delante de Dios por nosotros y Aquel que fue el sacrificio mismo, sino que Él mismo llegó a ser el lugar. Todos necesitamos un lugar. Es muy bueno poder reunirnos en este edificio. Tenemos un lugar donde podemos reunirnos para disfrutar al Señor juntos y disfrutar Su hablar. Nuestro Cristo es ahora tal lugar, la cubierta propiciatoria; el lugar acerca del cual Dios dice claramente: “Allí me manifestaré a ti, y hablaré contigo” (Éx. 25:22). Si queremos reunirnos con Dios, no necesitamos adivinar nada ni esperar nada; lo único que tenemos que hacer es acercarnos confiadamente a este propiciatorio. En este lugar podemos reunirnos con Dios y Dios puede reunirse con nosotros. En este lugar escuchamos el hablar de Dios y las instrucciones de Dios, y Él se infunde en nosotros. Jesucristo el Justo es este lugar, la cubierta propiciatoria. Él mismo es el trono de la gracia.

Tanto Dios como nosotros necesitamos la cubierta propiciatoria, a fin de que el Arca del Testimonio pueda ser nuestra experiencia y disfrute

Tanto Dios como nosotros necesitamos la cubierta propiciatoria, a fin de que el Arca del Testimonio pueda ser nuestra experiencia y disfrute (Éx. 25:22). Si queremos apropiarnos de todas las riquezas relacionadas con el Arca del Testimonio, tenemos que conocer la cubierta propiciatoria. Dios necesita esta cubierta, y nosotros la necesitamos aún más. Sin esta cubierta, Dios nos miraría con ojos de juicio, puesto que nosotros no podemos cumplir las exigencias de Su justicia, santidad y gloria. Sin esta cubierta, jamás podríamos acercarnos a Dios, puesto que Él es tan justo, santo y glorioso. ¿Cómo podríamos nosotros, gusanos insignificantes, atrevernos a contactar a Dios? Es aquí, en este lugar, sobre la cubierta propiciatoria, que somos hechos aptos para reunirnos con Dios. ¡Aleluya!

Dios jamás podría reunirse con seres pecaminosos, caídos y comunes. Pero en este lugar, a los ojos de Dios, nosotros ya no somos pecadores caídos que inspiran lástima. Todos los justos requisitos de Dios han sido satisfechos. La sangre ha sido rociada aquí sobre la cubierta

propiciatoria. Nosotros no estamos cubiertos por la sangre, sino que estamos firmes sobre la sangre. La sangre ha sido rociada sobre esta cubierta, y nosotros estamos firmes sobre esta sangre, bajo los querubines que nos observan y nos miden, los cuales nos hablan de las exigencias de la gloria de Dios. Aquí Dios puede tener comunión libremente con nosotros. ¡Cuán maravilloso es esto! Cuando Dios descendió sobre el monte de Sinaí, el pueblo de Dios estaba temeroso y en tinieblas. No había posibilidad alguna de que ellos se acercaran a Dios; pero aquí, sobre este propiciatorio, se nos exhorta a que nos acerquemos y, de hecho, podemos reunirnos con Dios. Si nos acercáramos en nuestro estado natural y caído, sin la sangre, seríamos consumidos, puesto que Dios es tan glorioso. Sin embargo, en este lugar, estando sobre la sangre, nosotros podemos reunirnos libremente con Dios, y Dios puede libremente reunirse con nosotros, hablarnos y darnos Sus instrucciones. Esto es verdaderamente maravilloso.

**LA CUBIERTA PROPICIATORIA, EL PROPICIATORIO,
NOS HABLA DEL HECHO DE QUE CRISTO ES EL RESPLANDOR
DE LA GLORIA DIVINA Y DE QUE DIOS SE REÚNE CON NOSOTROS
Y NOS HABLA EN ESTA GLORIA**

La cubierta propiciatoria, el propiciatorio, nos habla del hecho de que Cristo es el resplandor de la gloria divina y de que Dios se reúne con nosotros y nos habla en esta gloria (He. 9:5; 1:3; Éx. 25:17-22). Ahora llegamos a la carga principal y al corazón de este mensaje. Nos debe impresionar la escena en donde encontramos el propiciatorio en el Antiguo Testamento. Éste era el Lugar Santísimo, y en el Lugar Santísimo se encontraba el Arca. El Lugar Santísimo era el centro de todo el universo, y el centro de atención del Lugar Santísimo era el Arca. Además, dentro del Arca se encontraban las dos tablas de la ley que son un testimonio de lo que Dios es. Por ejemplo, las tablas de la ley testificaban que Dios es santo y justo. Los Diez Mandamientos eran el testimonio de Dios, que proclamaban a Dios mismo. Esto se encontraba dentro del Arca.

El Arca también tenía una tapa que tenía una longitud de dos codos y medio, y una anchura de codo y medio, y estaba hecha de oro fino (v. 17). Sin embargo, no se describe la medida del espesor de esta tapa. Así que no se sabe cuál era el grosor ni el peso de la tapa del Arca. También había dos querubines hechos de una sola pieza con la tapa (vs. 18-20). En la Biblia los querubines representan la gloria de Dios.

Estos dos querubines tenían rostros y alas. No obstante, no sabemos cuán grandes eran los querubines debido a que no se nos dan las dimensiones de ellos en Éxodo 25. Esto significa que la gloria de Dios es inconmensurable. Nadie puede medir la gloria de Dios. Estos dos querubines eran parte de esta tapa y formaban una sola pieza con ella. Así pues, en este cuadro de Éxodo 25 se ve la ley dentro del Arca, la cubierta expiatoria o la tapa del Arca y los dos querubines mirando hacia la tapa del Arca. Además, estaba la sangre de la ofrenda que había sido sacrificada sobre el altar de bronce que estaba en el atrio. Esta sangre era llevada al Lugar Santísimo y se rociaba sobre la tapa de oro del Arca. Éste es el cuadro que Éxodo 25 nos presenta. Después, en el versículo 22 Dios dijo: “Allí me manifestaré a ti, y hablaré contigo desde encima del propiciatorio”, es decir, desde encima de la tapa del Arca.

¿Cuál es el verdadero significado de este cuadro? No queremos tener interpretaciones meramente doctrinales de todos los elementos en este cuadro; al contrario, debemos ver la visión celestial y la aplicación práctica de lo que representa la cubierta propiciatoria. Tenemos que ver la importancia y el significado de esta escena en el Lugar Santísimo en la cual están el Arca, la ley, la cubierta, los querubines y la sangre. A fin de entender este cuadro, primero debemos comprender que nuestro Dios es un Dios de gloria. Cuando Dios creó al hombre en Génesis 1, lo creó a Su propia imagen para Su expresión y Su gloria (v. 26). En 1 Corintios 11:7 dice que el hombre es la “imagen y gloria de Dios”. Así pues, el destino del hombre es expresar a Dios. Sin embargo, el hombre cayó debido al pecado y por esa razón ya no expresaba a Dios, sino que, en vez de ello, expresaba a Satanás, el pecado y el yo. El hombre transgredió en contra de la justicia de Dios, deslustró la santidad de Dios, y quedó carente de la gloria de Dios. Por consiguiente, el hombre fue expulsado del huerto de Edén, y Dios puso los querubines con una espada de fuego que giraba en toda dirección para guardar el camino al árbol de la vida para evitar que el hombre caído participe de la vida eterna de Dios, representada por el árbol de la vida (Gn. 3:24, 22). Por lo tanto, la justicia de Dios (representada por la espada), la santidad de Dios (representada por el fuego) y la gloria de Dios (representada por los querubines) llegaron a ser un portero triple que guardaba el camino al árbol de la vida, exigiéndole al hombre caído cumplir las estrictas exigencias de la justicia, la santidad y la gloria de Dios. Por

consiguiente, le fue imposible al hombre caído satisfacer aquellas exigencias a fin de poder regresar a Dios.

No obstante, Dios mismo vino un día en la persona de Su Hijo, Jesucristo. Él era Dios mismo, quien llegó a ser un hombre, un Dios-hombre. Como tal Dios-hombre, Él era el Santo, el Justo, y siempre expresaba al Padre en Su vivir en la tierra. De este modo, Él cumplió todos los requisitos de la justicia, la santidad y la gloria de Dios. Como tal Persona, Él era el único que estaba capacitado para abrir el camino al árbol de la vida y hacerlo disponible a todo el pueblo escogido de Dios.

El Señor oró de esta manera antes de ir a la cruz: “Padre, la hora ha llegado; glorifica a Tu Hijo, para que Tu Hijo te glorifique a Ti” (Jn. 17:1). Mientras el Señor vivía en la tierra, Él glorificaba al Padre, y antes de Su crucifixión, Él también oró por nosotros, diciendo: “La gloria que me diste, Yo les he dado, para que sean uno, así como Nosotros somos uno” (v. 22). Luego fue a la cruz y derramó Su sangre para efectuar la redención eterna, y después de tres días, el Padre lo glorificó al resucitarlo de los muertos. Por medio de estos pasos, Cristo fue presentado como propiciatorio, el lugar a donde los pecadores pueden acercarse para reunirse con Dios y el lugar en donde Dios puede hablarles.

Éste es el lugar al cual el apóstol Pablo nos animó a venir cuando dijo: “Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para recibir misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro” (He. 4:16). Es en este lugar respecto al cual “el mismo Dios que dijo: De las tinieblas resplandecerá la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo” (2 Co. 4:6). Es en este lugar donde “nosotros todos, a cara descubierta mirando y reflejando como un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Señor Espíritu” (3:18). Es cuando estamos en este lugar que es contestada la oración que el apóstol Pablo hizo por nosotros para que fuésemos fortalecidos conforme a las riquezas de la gloria de Dios. Es en este lugar que somos fortalecidos con poder en nuestro hombre interior, para que Cristo haga Su hogar en nuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor, seamos plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la altura y la profundidad de Cristo, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seamos llenos

hasta la medida de toda la plenitud de Dios (Ef. 3:16-19). Es en este lugar que la iglesia es plenamente uno con el Dios de gloria y que Dios es uno con la iglesia gloriosa. Es sólo cuando estamos en este lugar de manera corporativa que se cumplen las palabras del apóstol: “A Él sea gloria en la iglesia y en Cristo Jesús, en todas las generaciones por los siglos de los siglos. Amén” (v. 21). Es en este lugar, el cual es Cristo mismo, que la iglesia llega a ser la gloria de Dios y le regresa esta gloria a Dios.

Éste es el significado profundo del propiciatorio. Esto nos permite ver que la verdad fundamental revelada en Romanos en cuanto a la propiciación está estrechamente relacionada con la cumbre de la revelación divina. La salvación orgánica que Dios efectúa y que se revela en el evangelio de Dios en Romanos resulta en que los pecadores son conducidos al propiciatorio para que la gloria de Dios se infunda en ellos a fin de que lleguen a ser iguales a Dios en Su justicia, santidad y gloria, con miras a la expresión eterna del Dios Triuno en el hombre por la eternidad. Alabamos al Señor porque en este universo existe tal lugar, un lugar donde nuestros pecados no sólo son solucionados, sino también un lugar donde podemos estar bajo la infusión de la gloria *shekiná* de Dios, representada por los querubines de gloria, de modo que nosotros, como hombres pecadores, podemos llegar a ser Dios en vida y en naturaleza, y ser llevados a la misma norma de Dios en Su justicia, santidad y gloria.

**Los querubines que estaban sobre la cubierta propiciatoria
están relacionados con la gloria de Dios
y representan Su gloria**

*Los querubines nos muestran
que Cristo expresa la gloria de Dios, es decir,
que Él irradia la gloria de Dios*

Los querubines que estaban sobre la cubierta propiciatoria están relacionados con la gloria de Dios y representan Su gloria (He. 9:5). Los querubines nos muestran que Cristo expresa la gloria de Dios, es decir, que Él irradia la gloria de Dios (1:3; Éx. 25:18-20). La cubierta propiciatoria, la cual representa a Cristo, tenía dos querubines, lo cual indica que Cristo es Aquel que irradia la gloria de Dios. Según Hebreos 1:3, Cristo es el resplandor de la gloria de Dios.

El hecho de que Dios pueda reunirse con Su pueblo y hablarle de entre los querubines significa que Él se reúne con nosotros y nos habla en medio de Su gloria; esta gloria es el resplandor de Cristo

El hecho de que Dios pueda reunirse con Su pueblo y hablarle de entre los querubines significa que Él se reúne con nosotros y nos habla en medio de Su gloria; esta gloria es el resplandor de Cristo (Nm. 7:89; 2 Co. 4:4, 6). Un principio que debemos recordar es que cuando Dios nos habla siempre lo hace en la esfera de la gloria. Dios nunca nos habla en las tinieblas; Él siempre nos habla en gloria. Esto es conforme a nuestra experiencia personal. Cuando por primera vez contactamos la iglesia, no entramos en un edificio impresionante, sino a un lugar pequeño sin adornos, donde estaba reunido un grupo de personas aparentemente comunes. Sin embargo, cuando entramos en ese lugar, percibimos la gloria de Dios.

Hace poco escuché a un hermano joven dar su testimonio. Él era un estudiante que estaba caminando en el corredor para ir a clase cuando de pronto escuchó a algunas personas cantando en uno de los salones de clases. Cuando entró a ese salón, aunque no sabía qué estaba sucediendo, él percibió la gloria y esa gloria lo cautivó. Dios habla a Su pueblo en medio de Su gloria. Dios nunca nos habla en las tinieblas ni cuando estamos en la esfera natural. Dios nos habla en medio de Su gloria. Es en la gloria de Dios que escuchamos Su palabra. En este entrenamiento muchos de nosotros hemos tenido el sentir de que estamos en gloria y que no estamos escuchando meramente el hablar de hombres, porque lo que se habla es la palabra de Dios. El hablar de Dios está aquí porque estamos en el lugar de la propiciación, en el trono de la gracia, en el lugar del oráculo de Dios, donde Dios se reúne con el hombre en medio de Su gloria. Sólo donde está la gloria de Dios, podemos escuchar el hablar de Dios.

Según el tipo de la cubierta propiciatoria o la tapa del Arca, Cristo es Aquel que resplandece y redime y, como tal, es el lugar donde el Dios justo, santo y glorioso puede reunirse con pecadores caídos

El Cristo que mora en nuestro espíritu es Aquel que está representado por el Arca con la cubierta propiciatoria

Según el tipo de la cubierta propiciatoria o la tapa del Arca, Cristo

es Aquel que resplandece y redime y, como tal, es el lugar donde el Dios justo, santo y glorioso puede reunirse con pecadores caídos (Ro. 3:25). El Cristo que mora en nuestro espíritu es Aquel que está representado por el Arca con la cubierta propiciatoria (v. 25; 8:10; Col. 1:27; 1 Co. 6:17). Todos sabemos que, según 2 Timoteo 4:22, Cristo está con nuestro espíritu. No obstante, tal vez nunca hayamos pensado qué clase de Cristo es el que está con nuestro espíritu. Nuestro espíritu está tipificado por el Lugar Santísimo, en el cual está el Arca con la cubierta propiciatoria, la sangre rociada y los dos querubines de gloria. Éste es el Cristo que está en nuestro espíritu. Aquel que está en nuestro espíritu no sólo es el Redentor que nos ama y tiene compasión de nosotros. Más bien, el Cristo que está en nuestro espíritu es la cubierta propiciatoria. Él es Aquel que porta la gloria de Dios. Éste es el Cristo que está en nuestro espíritu. Tenemos que llevar este Cristo a toda la tierra. Toda la tierra necesita ver a este Cristo, no sólo al Cristo redentor, sino al Cristo de gloria que resplandece.

Los querubines que estaban sobre la cubierta propiciatoria representan el resplandor de Cristo en Su divinidad, y la sangre que era rociada sobre la cubierta propiciatoria representa Su humanidad útil para redimir; como Dios, Cristo resplandece en su divinidad, y como hombre, Cristo efectuó la redención en Su humanidad, la cual está representada por la sangre

Los querubines que estaban sobre la cubierta propiciatoria representan el resplandor de Cristo en Su divinidad, y la sangre que era rociada sobre la cubierta propiciatoria representa Su humanidad útil para redimir; como Dios, Cristo resplandece en su divinidad, y como hombre, Cristo efectuó la redención en Su humanidad, la cual está representada por la sangre (He. 1:3; Lv. 16:14-15). Nuestro Cristo es una persona que posee dos naturalezas. Él es tanto divino como humano. En Su divinidad Él es el Dios de gloria que resplandece en Su divinidad; y en Su humanidad Él es un hombre y Su sangre fue derramada por nosotros y rociada sobre la cubierta propiciatoria.

Por causa de la divinidad y humanidad de Cristo, nosotros y Dios podemos reunirnos en el Cristo que resplandece y redime

Por causa de la divinidad y humanidad de Cristo, nosotros y Dios podemos reunirnos en el Cristo que resplandece y redime (Éx. 25:22).

El propio Cristo que está en nuestro espíritu es el Cristo que redime y resplandece. Esto nos debe recordar de 1 Juan 1:7, que dice: “Si andamos en luz, como Él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesús Su Hijo nos limpia de todo pecado”. Aquí en este propiciatorio tenemos comunión con Dios. Es aquí donde Dios se reúne con nosotros y nos habla, y es aquí donde somos traídos a la luz. En esta comunión divina somos uno con Dios. La expresión *la sangre de Jesús Su Hijo* en el versículo 7 implica las dos naturalezas de Cristo. *Jesús* se refiere a Su humanidad y *Su Hijo* se refiere a Su divinidad. Es aquí, sobre Aquel que es la cubierta propiciatoria y quien posee las dos naturalezas —la naturaleza divina y la naturaleza humana— que tenemos comunión con Dios.

Gracias a la sangre redentora, nosotros ahora podemos tener comunión con el Dios justo en la gloria de Cristo

Gracias a la sangre redentora, nosotros ahora podemos tener comunión con el Dios justo en la gloria de Cristo (Lv. 16:14-15; He. 10:19; Ap. 22:14). En el tomo 37 de *The Collected Works of Watchman Nee* [Recopilación de las obras de Watchman Nee] hay un capítulo titulado “La base de la comunión con Dios y de recibir luz de parte de Él: El propiciatorio y los querubines” (cap. 15). Por supuesto, cuando el hermano Nee habla del asiento de misericordia se refiere a la misma cubierta propiciatoria. El hermano Nee dice:

El asiento de misericordia es el lugar donde Dios concede Su gracia. En el Día de la Expiación, que era el décimo día del séptimo mes, la sangre de la ofrenda por el pecado era traída al asiento de misericordia (Lv. 16:14-15). El asiento de misericordia es el lugar donde se efectúa la propiciación de los pecados. La gracia de Dios viene al hombre sólo después que se ha hecho propiciación por el pecado. Si no se hace propiciación por el hombre, él nunca podrá recibir la misericordia de Dios. El asiento de misericordia, el cual era de oro, debía ser rociado con la sangre de la ofrenda por el pecado antes de que Dios pudiese otorgar gracia al hombre. El pensamiento humano es que puesto que Dios tiene la autoridad para conceder gracia, Él puede concederla cuando le parece y conceder misericordia cuando quiera. Dios sí tiene como propósito conceder la gracia, y ésa es la razón por la cual Él preparó el asiento de misericordia. Sin

embargo, debemos comprender que sin el Día de la Expiación que se celebraba cada año, en el cual el sumo sacerdote rociaba la sangre sobre el asiento de misericordia, Dios no podía perdonar el pecado de nadie.

En los dos extremos del asiento de misericordia estaban los querubines y la gloria de Dios estaba sobre ellos (Ez. 9:3; He. 9:5). Uno podía recibir la misericordia de Dios en el asiento de misericordia y contactar la gloria de Dios en medio de los querubines. Dios tiene que conceder Su gracia de tal manera que corresponda con Su gloria. Dios no puede tener el asiento de misericordia sin los querubines; Él no puede conceder gracia desde el asiento de misericordia sin pasar por medio de los querubines. Dios puede agraciarnos y desea relacionarse con nosotros en gracia. Sin embargo, Dios no puede relacionarse con nosotros sólo mediante el asiento de misericordia; Él también tiene que relacionarse con nosotros por medio de los querubines. Todos hemos pecado y carecemos de la gloria de Dios. El hombre no puede alcanzar la norma de la gloria de Dios. Si Dios se relacionara con nosotros conforme a Su gloria, ninguno de nosotros calificaría para recibir Su gracia. Solamente calificaríamos para ser maldecidos; no podríamos recibir misericordia. Por lo tanto, la sangre de la propiciación primero debe ser rociada sobre el asiento de misericordia antes de que Dios pueda relacionarse con nosotros en gloria y sobre el asiento de misericordia.

Esto nos muestra que nuestra comunión con Dios se basa en nuestra compatibilidad con Su gloria; es decir, se basa en que correspondamos con la gloria de Dios. Esta compatibilidad proviene de la sangre. Debido a la sangre, Dios puede conceder gracia sin sacrificar Su gloria. Los hijos de Dios deben recordar que los que se acercan a Dios no deben carecer de la gloria de Dios. Si usted se acerca a Dios y lo que usted trae carece de la gloria de Dios, no podrá tener comunión con Él y no podrá estar de pie delante de Él. Puesto que la base de la comunión es la gloria de Dios, si alguien tiene un problema con Dios, eso significa que carece de la gloria de Dios. Muchos hermanos y hermanas dicen con frecuencia que la base de la comunión

es la sangre. Pero tenemos que recordar que la sangre es la base de la comunión, porque la base de la comunión es la gloria de Dios. Sin la gloria de Dios, no habría necesidad de la sangre. Necesitamos la sangre cuando tenemos comunión con Dios por cuanto Él es un Dios de gloria.

Romanos 3 dice que el hombre carece de la gloria de Dios debido a sus pecados (v. 23). Al mismo tiempo, nos dice que la sangre de Jesús nos justifica (vs. 25-26). Dios es un Dios de gloria. Por consiguiente, todos los que se acercan a Dios deben recordar que su comunión con Dios depende de su relación con la gloria de Dios. Cualquier cosa que no le dé la gloria a Dios es pecado y cualquier cosa que carezca de la gloria de Dios también es pecado. El pecado nos separa de nuestra comunión con Dios. No tenemos que pecar de forma consciente para perder nuestra comunión con Dios, ni tenemos que cometer pecados graves para perder nuestra comunión con Dios. Con tal de que no glorifiquemos a Dios en cierto asunto de manera activa, nuestra comunión con Dios se verá perjudicada. Debemos recordar que la base de nuestra comunión con Dios es Su gloria. También debemos señalar que la comunión del hombre con Dios se basa en la gloria y también en la sangre. La gloria de Dios exige que esté presente la sangre. Si no fuésemos carentes de la gloria de Dios no hubiésemos necesitado la sangre. La razón por la cual necesitamos la sangre es que carecemos de la gloria de Dios. La gloria es la base de la comunión y la sangre está allí para compensar nuestra carencia.

Debemos comprender que nuestra comunión es estorbada cuando hay pecado. Pero el pecado aún es una razón negativa; es decir, esta afirmación aún no toca el meollo del asunto. El meollo del asunto es la gloria de Dios. Cada vez que carecemos de la gloria de Dios y cada vez que no podemos alcanzarla, nuestra comunión es estorbada. Damos gracias al Señor porque hoy en día la sangre de la cruz está sobre el asiento de misericordia de Dios. Mediante la sangre podemos mirar la gloria de Dios y vivir en Su gloria. Damos gracias al Señor porque Su propiciación nos ha colocado en una posición donde podemos contemplar la gloria

de Dios a cara descubierta. Éste es el significado de la comunión. Tener comunión no es pasar media hora o una hora orando o estudiando la Biblia. Tener comunión es contemplar la gloria de Dios mediante la sangre y llevar una vida que es absolutamente para Su gloria. (págs. 84-86)

Esto es lo que verdaderamente significa tener comunión, y esto es lo que significa reunirnos con Dios en el propiciatorio, es decir, en el trono de la gracia, que es la cubierta propiciatoria.

*Experimentamos a Cristo
como el propiciatorio
por medio de la fe en Su sangre*

Experimentamos a Cristo como el propiciatorio por medio de la fe en Su sangre (Ro. 3:25). La base de la comunión es la gloria de Dios, y debido a esta gloria y sus exigencias, necesitamos la sangre para que compense nuestra carencia. Santos, debemos tener fe en la sangre. No se miren a sí mismos ni se fijen en su condición. Olvídense de si son dignos o si están calificados, porque aun su justicia más excelente es como trapos de inmundicia a los ojos de Dios. En lugar de ello, pongan los ojos en Él y tengan fe en Su sangre, la cual ha sido rociada sobre toda la cubierta propiciatoria. En cierto sentido, no necesitamos que la sangre nos cubra, sino que más bien cubra la tapa del Arca. Estamos ahora en el propiciatorio, firmes sobre la base de esta sangre. La sangre fue rociada sobre toda la tapa, la cual satisface todas las exigencias de la ley. Sin la sangre sobre la cubierta, la ley continuaría imponiéndonos sus requisitos y condenándonos; sin embargo, hoy en día Cristo es esta cubierta, y Su sangre, la sangre de propiciación, ha sido rociada sobre ella. Por consiguiente, en este lugar nuestra conciencia es liberada, nuestro corazón está en paz, podemos tener comunión libremente con Dios y Dios puede tener comunión con nosotros sin ninguna reserva y sin ningún impedimento gubernamental. Tengamos fe en Su sangre.

*La eficacia de la sangre de los sacrificios
no se obtiene principalmente en el altar en el atrio,
sino en el Arca en el Lugar Santísimo*

La eficacia de la sangre de los sacrificios no se obtiene principalmente en el altar en el atrio, sino en el Arca en el Lugar Santísimo (Lv. 16:14-15). Muchos cristianos sólo aprecian la sangre de Jesús que fue derramada en la cruz, lo cual implica que aún se encuentran en el

altar de bronce en el atrio. Debemos comprender que esta sangre fue introducida en el Lugar Santísimo y rociada sobre la cubierta propiciatoria, a fin de que podamos permanecer bajo el resplandor de la gloria de Dios, comunicarnos con Dios y disfrutar de Su impartición e infusión, con miras a nuestra glorificación futura. No debemos permanecer en el altar de bronce, sino, como nos dice Pablo en Hebreos 4:16, “Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia”. No se mire a sí mismo ni se compadezca de sí mismo, sino que, en lugar de ello, acérquese confiadamente. La aplicación y la eficacia de la sangre de Jesús se experimenta en el Lugar Santísimo sobre la tapa del Arca. ¡Aleluya por la cubierta propiciatoria!

Debido a que la sangre ha sido rociada sobre la cubierta propiciatoria, y debido a que la base que Dios toma es la sangre, Él puede reunirse con nosotros en medio de Su gloria resplandeciente

Debido a que la sangre ha sido rociada sobre la cubierta propiciatoria, y debido a que la base que Dios toma es la sangre, Él puede reunirse con nosotros en medio de Su gloria resplandeciente (Éx. 25:22). En este lugar ya no tenemos temor del juicio de Dios debido a que tenemos la sangre bajo nuestros pies. Estamos firmes sobre la sangre, la cual cubre la tapa; y la sangre y la tapa satisfacen por completo todas las exigencias de la ley. Por lo tanto, en este lugar nuestra conciencia está plenamente en paz y podemos tener comunión con Dios.

Cuando Dios viene a nosotros y nos habla en la gloria de Cristo, Él no ve los requisitos de Su justa ley ni tampoco ve nuestros pecados; en vez de ello, Él ve la sangre redentora sobre la cubierta propiciatoria

Cuando Dios viene a nosotros y nos habla en la gloria de Cristo, Él no ve los requisitos de Su justa ley ni tampoco ve nuestros pecados; en vez de ello, Él ve la sangre redentora sobre la cubierta propiciatoria. Dios no puede ver los requisitos de Su justa ley debido a que la ley se encuentra debajo de la tapa, la cual está cubierta con la sangre. Además, Él no puede ver nuestros pecados, sino que en lugar de ello, Él ve la sangre redentora sobre la cubierta propiciatoria.

Cada vez que nos reunimos con Dios en gloria, tenemos la profunda sensación en nuestro espíritu de que somos lavados por la sangre; esto es el propiciatorio en nuestra experiencia

Cada vez que nos reunimos con Dios en gloria, tenemos la profunda sensación en nuestro espíritu de que somos lavados por la sangre; esto es el propiciatorio en nuestra experiencia (1 Jn. 1:7; Ap. 1:5; 7:13-14). Cada vez que nos volvemos a nuestro espíritu y tocamos el trono de la gracia, el cual es el propiciatorio rociado con la sangre, no sólo tenemos la confianza de que estamos disfrutando la gloria de Dios, sino también de que estamos en perfecta paz debido a que la sangre está allí para limpiarnos. Ésta es la experiencia apropiada del propiciatorio.

Cristo como la cubierta propiciatoria es el lugar donde Dios se infunde en nosotros y donde nosotros escuchamos Su voz, conocemos el deseo de Su corazón y recibimos visión, revelación e instrucciones para nuestra vida diaria

Cristo como la cubierta propiciatoria es el lugar donde Dios se infunde en nosotros y donde nosotros escuchamos Su voz, conocemos el deseo de Su corazón y recibimos visión, revelación e instrucciones para nuestra vida diaria (Nm. 7:89; 2 Co. 3:18). Éste no es tan sólo el lugar donde son perdonados nuestros pecados para que tengamos una buena conciencia, vengamos a las reuniones y estemos justificados delante de Dios. Este lugar es mucho más que eso; es en la cubierta propiciatoria donde Dios se infunde en nosotros, donde nosotros escuchamos Su voz, conocemos el deseo de Su corazón y recibimos visión, revelación e instrucciones para nuestra vida diaria. En el tomo 37 de *The Collected Works of Watchman Nee*, el hermano Nee habla de cómo podemos recibir el hablar y dirección de parte del Señor. Él dice:

Dios le habló a Moisés de en medio de los dos querubines y Él guió a Sus hijos conforme a Su gloria. Dondequiera que la gloria de Dios resida, allí también recibiremos Su dirección. La dirección de Dios vino en la forma de una columna de nube durante el día y de una columna de fuego durante la noche. Mediante la columna de nube el hombre pudo ver la gloria de Dios, y mediante la columna de fuego el hombre también pudo ver la gloria de Dios. El lugar de la gloria de Dios es el lugar donde recibimos Su dirección.

Dios habla y guía según Su gloria. Cuando Dios nos habla en forma personal respecto a cierto asunto, en ese momento sabemos que lo estamos glorificando. Asimismo, si vemos la gloria de Dios en cierto asunto, sabemos que tenemos Su dirección respecto a ese asunto. Para muchos de los hijos de Dios la dirección y la gloria son dos cosas diferentes. Sin embargo, a los ojos de Dios, glorificar a Dios y ser guiados por Él, no son dos cosas distintas, sino una misma cosa. Dondequiera que encontremos la gloria de Dios, allí recibiremos Su dirección respecto a ciertos asuntos nuestros. Una vez que vemos la gloria de Dios, entonces sabemos que estamos en el lugar correcto.

Dios habló de en medio de los dos querubines. Todos aquellos que han visto la gloria de Dios también han escuchado Su hablar. No tenemos que ver Su gloria primero y luego esperar escuchar Su hablar. Una vez que vemos la gloria de Dios conforme al principio de la vida, ello nos dará un conocimiento más profundo del que teníamos antes. Siempre que vemos la gloria de Dios, de inmediato entendemos y sabemos.

¿Qué es lo correcto? ¿Qué es lo incorrecto? ¿Cuál es el camino correcto? ¿Cuál es el camino equivocado? ¿Qué tiene valor espiritual y qué no tiene valor espiritual? Todo esto dependerá de si allí está o no la gloria de Dios. (págs. 86-87)

Por consiguiente, no se trata de saber qué es correcto y qué es incorrecto. Más bien, debemos preguntarnos: ¿Dónde está la gloria de Dios? Si la gloria de Dios está aquí, entonces el hablar de Dios y Su dirección también estarán aquí. Cuando estamos bajo el resplandor de la gloria de Dios, Él se trasfunde e infunde en nuestro ser. Más aún, es aquí donde nosotros, a cara descubierta, estamos mirando y reflejando como un espejo la gloria del Señor y estamos siendo transformados de gloria en gloria en la misma imagen (2 Co. 3:18). Éste es nuestro destino, éste es el lugar donde debemos estar, y yo creo que éste es el lugar donde estamos ahora. Estamos en este propiciatorio, firmes sobre la tapa y bajo el resplandor de la gloria *shekiná* de Dios. Estamos llegando a ser Dios; estamos alcanzando Su norma para ser iguales a Él en Su justicia, santidad y gloria. No sigamos rogando como pecadores miserables que aún permanecen en la cruz. Acerquémonos confiadamente al trono de la gracia para recibir misericordia y hallar gracia.—J. L.

ESTUDIO DE CRISTALIZACIÓN DEL EVANGELIO DE DIOS EN ROMANOS

El traslado divino y la vida injertada (Mensaje 4)

Lectura bíblica: Ro. 5:12, 17, 19; 6:4-5, 14; 11:17, 24

- I. Puesto que hemos obedecido al evangelio de Dios acerca de Su Hijo y hemos creído en Él para la obediencia de la fe, nosotros hemos experimentado el traslado divino—Ro. 10:16; 1:5; 5:12, 17, 19:
 - A. Como creyentes de Cristo, nosotros hemos sido trasladados de Adán a Cristo—1 Co. 15:22; Ro. 5:12, 17, 19:
 1. A los ojos de Dios, sólo existen dos hombres en el universo: Adán y Cristo—1 Co. 15:22; Ro. 5:14:
 - a. En Adán nosotros heredamos el pecado, fuimos constituidos pecadores, estábamos sujetos al reinado de la muerte y nos encontrábamos bajo la condenación de Dios—vs. 12, 14, 19; 1:18.
 - b. Como resultado de estar en Cristo, tenemos gracia con justicia, hemos sido justificados y tenemos vida eterna—v. 17; 3:24, 26; 5:17.
 2. Fuimos trasladados de Adán a Cristo al creer en Cristo y ser bautizados en Cristo—Jn. 3:15; Ro. 6:4:
 - a. Cuando creímos en Cristo, de hecho entramos en Él al creer, y cuando fuimos bautizados, fuimos bautizados en Él.
 - b. Debido a que Dios nos puso en Cristo, nosotros debemos testificar confiadamente que hemos sido trasladados de Adán a Cristo—1 Co. 1:30; 2 Co. 5:17.
 - B. Como creyentes de Cristo que somos, fuimos trasladados de muerte a vida—Jn. 5:24; 1 Jn. 3:14:
 1. La fuente de la muerte es el árbol del conocimiento, y la fuente de la vida es el árbol de la vida (Gn. 2:9, 17); por lo